

Cómo citar este artículo: Álvarez, Emiliano (2016), “La revista LITERATURA Y SOCIEDAD: Entre la guerrilla, el marxismo y la crítica literaria ¿Un caso único y ejemplar?”, en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. Disponible en: <americalee.cedinci.org>

**La revista *Literatura y Sociedad* :
Entre la guerrilla, el marxismo y la crítica literaria
¿Un caso único y ejemplar?**

Emiliano Álvarez¹
(FCS-UBA / CeDInCI-UNSAM)

Uno y único

La revista **Literatura y Sociedad** publicó un único número en octubre de 1965, un año agitado para la Argentina, en donde se avecinaba el golpe de Estado del Gral. Onganía y las guerrillas comenzaban a operar con la fugaz aparición del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP). Dirigida por Sergio Camarda y Ricardo Piglia, la publicación se vio envuelta en una serie de sucesos que impidieron que el proyecto siguiera adelante. Como ocurre con tantas otras publicaciones periódicas en la historia del mundo impreso, su corta vida dio cuenta del fracaso del proyecto que la vio nacer y que aquí analizaremos en algunas de sus dimensiones más importantes. Ellas tienen que ver con el lugar del intelectual en la revolución, en ese camino sinuoso, cuando no trágico, donde intentaban convivir los libros y las armas. Es a partir del tratamiento de estas cuestiones, y lo que ellas implicaron para la existencia de la revista, que **Literatura y Sociedad** dejó una marca significativa en la vida intelectual argentina de la década del sesenta. En esta paradoja que se instala entre el fracaso inmediato del proyecto editorial y la trascendencia histórica de la publicación, es donde podemos encontrar una clave de lectura que nos ayude a descubrir el modo en que una revista puede atesorar en sí las tramas de sentido que constituyeron el tapiz social, político y cultural de una época.

Para adentrarnos en esta historia debemos saber primero cuál fue el proyecto que impulsó la revista, quiénes y de qué modo lo pusieron en funcionamiento y cuáles fueron los motivos que llevaron a que esta empresa revisteril no superase el umbral de

¹ <emiliano_manuel2004@yahoo.com.ar>

su aparición pública. En segundo término, para determinar su trascendencia histórica debemos examinar no sólo aquello que fue dicho en sus páginas sino también cómo ese discurso dejó una marca en el derrotero de la vida político-cultural de la Argentina y en la biografía de un grupo de jóvenes que a la postre se convertirían en figuras centrales del campo intelectual de nuestro país. Por último y como conclusión, restará saber si en las tensiones paradójales que se constituyen alrededor de la historia de esta revista, podemos saber algo más sobre la urdimbre de sentidos, siempre huidizos, siempre complejos, que se esconden en una historia ya mil veces contada, ya mil veces repetida y, por ello, aplanada en el canon de lectura edificado alrededor de esos años. Años que ya no son de nadie en particular, poco les queda de “nuestros” y cada vez más de “aquellos”, aquellos años sesentas.

Publiquemos una revista

“Publiquemos una revista” —dice Beatriz Sarlo²—, es la frase que da el puntapié a cientos de proyectos intelectuales, que en su afán de intervenir en el presente de la esfera pública, pretendiendo o anhelando modificarlo, dan vida a ese artefacto cultural que llamamos “revistas intelectuales”. Objetos que conforman el cuerpo de una política cultural e instituyen un campo de batalla donde los diversos proyectos intelectuales luchan y reclaman por una transformación o perpetuación³ en las interpretaciones y prácticas del presente. Los textos que la conforman echan sus raíces en el contexto de esas luchas, muchas veces locales y otras internacionales. Su ser textual se encuentra ceñido no sólo a esos marcos en los cuales opera, sino también al orden sumario que toda revista implica y que traduce el armado de la estrategia, a veces

² Sarlo, Beatriz (1992): “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. En: América. Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940 à 1970. Cahiers du CRICCAL. París: Université de la Sorbonne Nouvelle, pp. 9–16.

³ ¿Existen revistas intelectuales que se fundan con la pretensión de mantener un canon? ¿O aquellas que lo hacen son las que han logrado con éxito modificarlo y se perpetúan en el tiempo? Resultaría importante diferenciar las revistas intelectuales que reivindican la tradición de las primeras vanguardias del siglo XX, y en cuya estela se piensa siempre que una revista es la aspiración a transformar el estado de cosas existente, de aquellas que siguen los preceptos decimonónicos de concebirlas como un medio de comunicación, cuya función es construir el espacio de la opinión pública, bajo la idea de “tribuna de pensamiento y discusión” o divulgación enciclopédica. También se podrían dividir entre las revistas publicadas para el mercado restringido de productores de bienes simbólicos (revistas intelectuales para intelectuales) y revistas dirigidas a un público más amplio, ilustrado pero no productor. Las primeras siguen los preceptos de la invención formal constante, la transformación perpetua, la novedad necesaria que dinamiza el campo intelectual, mientras que las segundas centran su producción en la cuestión del contenido de información, cuyo efecto, buscado o no, tiende a fijar lo existente más que a luchar por dar a luz lo incesantemente nuevo.

conciente y otras no, en donde se trazan las líneas concretas del proyecto que las sostiene. Una revista es un sumario de textos y autores, decía alguna vez un célebre historiador del marxismo, un orden significativo, que las más de las veces resulta de la contigüidad de sus significantes y que, por tanto, hace que ese artefacto cultural deba ser capturado en su materialidad, en aquello que ha quedado impreso en el papel, en la disposición definitiva de los nombres y los textos. De su cuerpo concreto resulta relevante desde el domicilio en el cual se inscribió la publicación, pasando por los artículos e intelectuales que estuvieron allí, hasta llegar a las publicidades que contiene. Además, claro está, de otros elementos significativos como las tapas, sus ilustradores, sus correctores, la empresa editorial que la distribuye o la imprenta en donde se realizó. Todo en una revista es un rastro, una huella que nos conduce a reponer las urdimbres y las tramas del campo de batalla intelectual en el cual pasó sus mejores días. Abramos entonces las páginas de **Literatura y Sociedad** para ver qué pueden decirnos al respecto.

Cuando a comienzos de 1965 Sergio Camarda convocó a Ricardo Piglia para publicar una revista, lo hizo pensando que era necesario establecer desde el mundo intelectual una serie de intervenciones que dieran cuenta de la necesidad de unir los destinos de ese ámbito con la Revolución Social que asomaba en América Latina⁴. El vínculo que intentaba tejer Camarda se estrechaba con otros tantos proyectos de revistas intelectuales que desde el espacio de la nueva izquierda comenzaban a aparecer unos años antes, como por ejemplo **Situación**⁵, **Táctica**⁶ o **Nueva Política**⁷. Todas ellas

⁴ Entrevista realizada a Alberto Szpunberg, Buenos Aires, Julio de 2013.

⁵ La revista **Situación** apareció en marzo de 1960 y concluyó en 1961, con un total de 9 números. Contaba entre sus participantes a David Tieffenberg, Abel Alexis Latendorf y Elías Semán, jóvenes ex militantes del Partido Socialista que habían propiciado una ruptura y división dentro de aquel partido, producida alrededor de la cuestión del peronismo. De allí emergería el Partido Socialista Argentino que luego derivaría en la conformación del Partido Socialista Argentino de Vanguardia, para luego desembocar en la conformación de la agrupación maoísta Vanguardia Comunista. Según ha indicado María Cristina Tortti, en esta revista se encuentra uno de los gérmenes más importantes para la constitución de la Nueva Izquierda en Argentina (María Cristina Tortti, **El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la Nueva Izquierda (1955-1965)**, Buenos Aires, Prometeo, 2009.)

⁶ **Táctica** publicó un solo número en febrero de 1964. Dirigida por un comité editorial proveniente del grupo Vanguardia Revolucionaria que formaría, entre otros, Juan Carlos Portantiero, luego que se produjera su expulsión del Partido Comunista. De base estudiantil, este grupo difundiría por medio de la revista las estrategias foquistas del guevarismo y mantendría relaciones con el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP).

⁷ **Nueva Política** apareció con su único número en el mismo momento que lo hacía **Literatura y Sociedad**, octubre de 1965, y fue la publicación que sucedió a **Táctica** dentro del mismo grupo de Vanguardia Revolucionaria. Nuevamente impulsada por Juan Carlos Portantiero, esta revista sumó a Rodolfo Walsh, León Rozichner e Ismael Viñas, entre otros, y prosiguió con la impronta guevarista de su antecesora.

fueron publicaciones periódicas surgidas de las expulsiones o rupturas que una joven generación de intelectuales provocaba en las filas del Partido Socialista y del Partido Comunista, y que, de diversos modos y con diferentes objetivos, denunciaban o bien el aburguesamiento del partido, o bien su carácter dictatorial y dependiente respecto a las directivas que se emitían desde Moscú, al mismo tiempo que proponían a la Cuba revolucionaria como horizonte político. Camarda tenía en vista para su proyecto estas publicaciones que presentaban una impronta más cercana a la crítica política a secas, que a la crítica político-cultural, muchas veces dedicadas a la vida literaria o a las reflexiones teóricas, como podían ser otras revistas archiconocidas del período pertenecientes al incipiente campo de la nueva izquierda, como **El Escarabajo de Oro**, **La Rosa Blindada** o **Pasado y Presente**⁸. Para ello convocaba a Ricardo Piglia, que si bien provenía del mundo de las letras, ya había tenido experiencia en este tipo de publicaciones de crítica y militancia política de la nueva izquierda, a través de su colaboración como jefe de redacción en **Revista de la Liberación**⁹, una breve publicación aparecida en 1963, bajo la dirección de José D. Speroni, un dirigente sindical que provenía de las huestes trotskistas de Nahuel Moreno. Speroni había participado en la agrupación morenista Palabra Obrera, pero a comienzos de 1960 se alejaba de esa agrupación y comenzaba un viraje político hacia el maoísmo. La revista también contaba con el auspicio de Milcíades Peña, con quien Speroni compartía las páginas de la revista **Fichas**. La participación de Piglia, en cambio, surgía de su relación con algunos de los integrantes de la revista que provenían del grupo de Silvio Frondizi MIR-Praxis, y que luego conformarían el grupo MIRA. En particular con Ramón Torres Molina, abogado platense que posteriormente formaría parte de las FAP y del grupo GEL, a quién Piglia conocía de su época de estudiante en esa ciudad.

En definitiva, se trataba para Camarda de publicar una revista con impronta revolucionaria, una revista que diera cuenta del carácter específico de la lucha de clases en América Latina y del papel de los intelectuales en la definición de estrategias para llevar adelante el proceso revolucionario. Una novedad para la época pero nada nuevo

⁸ Entrevista Alberto Szpunberg,

⁹ **Revista de la Liberación** apareció en el verano de 1963 y publicó tres números, hasta marzo de 1964, junto con un pequeño folleto que apareció junto al n° 2, titulado “Informe sobre China”, extracto de un artículo del periódico chino **Renmin Ribao**. La revista congregaba a la joven generación de intelectuales de izquierda como Abelardo Castillo, Juan José Sebrelli, Carlos Favol y el mismo Piglia. Al mismo tiempo que invitaba a sus páginas a la vieja generación de militantes díscolos de la izquierda de la década del treinta y cuarenta como Liborio Justo (Quebracho), Alfredo Llanos, Carlos Astrada, Luis Franco y Bernardo Kordon, hombres de ideas que testimoniaban para la generación de la Nueva Izquierda que se podía actuar y pensar políticamente por fuera de las filas del Partido Comunista y del Partido Socialista.

para la historia que conocemos de ella. Centenares de páginas publicadas desde el espacio de la nueva izquierda contenían estas directrices, muchas como mera declaración de principios¹⁰ y otras como manifestación de incipientes grupos que pretendían la construcción de un partido revolucionario¹¹ o la conformación de células guerrilleras¹². Así presentada, **Literatura y Sociedad** no parece ofrecer nada nuevo en los asuntos ya conocido sobre esta historia.

Aquello que sí resulta novedoso dentro de la historia de los años sesenta en nuestro país, es la referencia a este nombre: Sergio Camarda. Poco se sabe de él. Entre los escasos datos que es posible rastrear, sabemos que nació en Italia en la década del treinta y que emigró joven a la Argentina, donde se convirtió en editor, fundando primero una librería que funcionaba en la calle Suipacha 927, local 28, de la Capital Federal, para luego establecer allí la editorial Camarda Junior, que luego tomaría el nombre definitivo de Nueve 64¹³. Esta editorial estuvo dedicada a publicar a jóvenes poetas y narradores argentinos como Juan José Saer, Daniel Moyano, Haroldo Conti, Germán Rozenmacher, Miguel Briante y Alberto Szpunberg, entre otros. Si bien la editorial centró su actividad en torno a la literatura, aparecerían bajo su sello al menos dos libros políticos, significativamente ambos de Ernesto Che Guevara, *Relatos* y *Relatos de la Guerra Revolucionaria*, los dos publicados en el año 1965. A través de una entrevista a su amigo, el poeta Alberto Szpunberg, obtuvimos un dato sustancial para la historia que estamos reconstruyendo y que encuentra vinculación con esos dos libros del Che Guevara publicados por Nueve 64. Camarda y Szpunberg mantuvieron vínculos, sin una participación orgánica, con el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) entre 1963 y 1964. Ambos encararían luego un nuevo proyecto revolucionario también de impronta guevarista como el EGP, que se llamaría Brigada Masetti. La conformación

¹⁰ Editorial “Defensa de la revolución cubana”, en **El Escarabajo de Oro** n° 2, Buenos Aires, julio-agosto de 1961.

¹¹ Elías Semán, “Apuntes sobre el carácter del Estado y el acceso al poder”, en revista **Situación** n° 1, Buenos Aires, marzo de 1960.

¹² Regis Debray, “América Latina: problemas de estrategia revolucionaria” en **La Rosa Blindada** n° 8, Buenos Aires, abril mayo de 1966.

¹³ Nueve 64 formó parte de ese universo de librerías y editoriales que desde fines de la década del cincuenta, con editoriales como Doble P o Indoamerica, junto con la librería Del Mar Dulce, hasta la aparición de las editoriales-librerías de Jorge Álvarez, Hernández, Joaquín Falbo y Galerna en la década del sesenta, marcaron la conformación de un mercado exitoso para los autores y libros de la nueva izquierda. Ellas fueron no sólo un eslabón importante en la cadena de producción y circulación de los bienes simbólicos de la Nueva Izquierda, también construyeron un circuito urbano que dotó a los jóvenes intelectuales un ambiente de sociabilidad y que convirtió a un sector de la ciudad de Buenos Aires en una constante tertulia revolucionaria. Al respecto: Emiliano Álvarez, “Tiempo Contemporáneo: una editorial de la Nueva Izquierda”, en **Políticas de la Memoria** n°13, Verano 2012/13, Buenos Aires, disponible en línea: <http://www.cedinci.org/pm15.htm>

de la Brigada tomaría forma luego de la muerte del Che Guevara en 1967. En el interregno que va de 1964 a 1967, años que nos interesan particularmente aquí, el grupo guevarista al que pertenecían ambos, funcionaba como una de las tantas células foquistas que clandestinamente se iban desarrollando en la Argentina y que presumiblemente estaba vinculada a las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)¹⁴.

De allí podemos inferir que el proyecto que Sergio Camarda pretendía desarrollar en la revista estaba, al menos tangencialmente, vinculado al desarrollo de organizaciones armadas dentro de las filas de la Nueva Izquierda. ¿Era, entonces, en su génesis, la revista **Literatura y Sociedad**, una publicación vinculada a la guerrilla? Si así fuera, representaría una novedad dentro de lo que se conoce de las organizaciones armadas vinculadas a las FAL, ya que, como indica Ariel Hendler, esta organización no contó en su historia con publicaciones periódicas que dieran cuenta de su existencia o que tradujeran sus objetivos políticos¹⁵.

La respuesta a este interrogante es más bien opaca, confusa. Ricardo Piglia había conocido a Sergio Camarda a través de Héctor Schmucler, intelectual cordobés, participante central del proyecto de la revista y editorial **Pasado y Presente**. Por aquellos años Schmucler estaba vinculado al EGP y sostenía también el proyecto guevarista¹⁶. Su vínculo con Camarda presumiblemente se establecía a partir de esta conexión política. Pero la presentación que realizó entre Piglia y Camarda parecía no obedecer a estas cuestiones. Según nos cuenta Piglia, la recomendación ante el editor italiano estaba vinculada con el proyecto editorial de Nueve 64, en el cual comenzaría a trabajar desde 1963, luego de su alejamiento de la revista **El Escarabajo de Oro**, producido por una discusión con Abelardo Castillo, entorno a la figura de Héctor P. Agosti¹⁷. Mientras

¹⁴ Entrevista a Ricardo Piglia. Buenos Aires, agosto de 2012.

¹⁵ Ariel Hendler, **La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)**, Buenos Aires, Editorial Vergara. 2010. 15-21 pp.

¹⁶ Entrevista a Ricardo Piglia.

¹⁷ En 1962 Ricardo Piglia había obtenido una distinción literaria por parte de la revista **El Escarabajo de Oro**, al igual que sus amigos Miguel Briante y Germán Rozenmacher, por el cuento "Mi Amigo" que luego formaría parte de su primer libro **La Invasión**, publicado por Jorge Álvarez en 1967. Piglia obtendría además un premio extra: comenzar a colaborar permanentemente en aquella publicación y tener a su cargo unos cuadernillos que en forma de separata aparecerían bajo la colección "Testimonios de Tiempo Americano". El primer y único cuadernillo de esta colección, bajo la dirección de Piglia, sería un texto de Abelardo Castillo en el cual el autor lanzaba serie de invectivas contra la figura señera de Héctor P. Agosti. El encono de Castillo hacia el dirigente comunista provenía del año 1960 cuando, en medio de la clausura de la revista **El Grillo de Papel** provocada por la implementación del Plan Conintes en nuestro país, Agosti junto a Samuel Schneider habían aprovechado el incidente para excomulgar a los participantes de aquella publicación, rotulándolos de "neo-izquierdista", mediante un artículo publicado en **Cuadernos de Cultura** bajo el título "Crisis del marxismo" (**Cuadernos de Cultura** n° 50, Buenos Aires). La ira de Castillo se contuvo durante más de dos años y en 1963 lanza, bajo la mirada atónita de un joven Piglia, el cuadernillo en cuestión en donde denuncia a Agosti como antimarxista, casi

desarrollaba las tareas editoriales, donde auspiciaba la publicación de sus amigos Briante, Rozenmacher y Saer, Piglia es convocado por Camarda para que sea la cabeza intelectual de una revista que se pareciese en su tono a **Revista de la Liberación**. Pero según nos cuenta el mismo Piglia, aquella indicación fue confusa, como lo era para él la participación de Camarda en una organización guerrillera. Al respecto nos decía: “años después me enteré que el Tano estaba metido en las FAL. Si bien lo veía con armas, cosa que era común en la época, nunca me reveló su participación en la incipiente guerrilla argentina. Ahora que lo pienso, el vínculo que Camarda mantenía con Schmucler venía de ahí y yo me convertí en un idiota útil, participando de todo aquello sin saberlo”.

Con este opaco telón de fondo, Piglia no proyectó una revista revolucionaria, por el contrario su objetivo estuvo orientado a llevar adelante algo que a la postre sería fundamental para el campo de la cultura en la argentina. La revista **Literatura y Sociedad** planeada por él respondía a ese proyecto macro de la nueva izquierda que por aquellos años pretendía construir una nueva legitimidad político cultural en nuestro país, poniendo en cuestión las expresiones de la cultura liberal representada por la revista **Sur**, por un lado, y el cuestionamiento de la política cultural llevada adelante por el Partido Comunista Argentino, por el otro¹⁸. Como veremos luego, este es el proyecto de la revista, pero en sus páginas la exposición del mismo es confusa. Al respecto y para ceñirnos más a lo que ha quedado registrado en el papel, en la nota editorial de **Literatura y Sociedad**, Piglia indicaba que la revista se inscribía en el fenómeno, eminentemente generacional, denominado neoizquierda, definido por la emergencia del peronismo y por la crisis que aquel ocasionó en la hasta entonces hegemónica intelectualidad liberal y en sus aliados de la izquierda tradicional¹⁹. La nueva izquierda, así delienada, fue fundamentalmente el motor para la conformación exitosa de nuevas coordenadas político culturales²⁰. Pero estas coordenadas no llevaban escrito en la frente lo que eran. Aparecieron bajo el lenguaje de la revolución social y de la conformación

extraterrestre. Aquella crítica ad-hominem le pareció excesiva al joven Piglia, como le parecía de igual tono todo lo que provenía de Abelardo Castillo. Y por ello decidió renunciar a su primera incursión laboral en el mundo intelectual (Véase Abelardo Castillo, *Discusión crítica a “la crisis del marxismo”*. Respuesta a Héctor P. Agosti. Bilibiteca El Escarabajo de Oro, Colección Testimonios de Tiempo Americano, Buenos Aires, enero de 1964).

¹⁸ Entrevista a Ricardo Piglia.

¹⁹ **L y S**, *op. cit.*, pp. 2-5

²⁰ Al respecto pueden revisarse los argumentos que brinda John King cuando da cuenta del fin del dominio de la revista **Sur** sobre la cultura argentina. John King, **SUR. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970**, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp 207-244.

de una vanguardia intelectual que cumpliera en ella una función específica. Lenguaje que se traduciría en el siguiente interrogante presente en la nota editorial: “de qué modo encontrar, como intelectuales, esa actividad revolucionaria? ¿Cuál es el límite de efectividad de un intelectual de izquierda en la Argentina?”²¹ Podríamos inferir que en la mente de Ricardo Piglia la consigna “publiquemos una revista”, encuentra en él la siguiente idea: “publiquemos una revista para disputar y redefinir las legitimidades culturales vigentes. Y hagámoslo mediante la construcción y difusión de un nuevo aparato de ideas, de una renovación en las armas de la crítica”. Pero esta consigna imaginaria, que pensamos desde este aquí y ahora, aparecía bajo las marcas del lenguaje de la época, en donde las formulas sociológicas que explican el funcionamiento de un campo intelectual toman la forma de otros significantes, tales como *lucha cultural*, *conciencia activa de lo real*, *nuevo mundo moral* y *nuevas relaciones entre los hombres*.²² Sin embargo, y como veremos a continuación, estos significantes no definían claramente de qué tipo de revolución se trataba y qué papel se le asignaba a los intelectuales en ella.

Sostenemos que **Literatura y Sociedad** es el resultado de un efecto extraño, de un doble juego de intenciones políticas diferentes que conviven en un mismo espacio, dialogando sin saberlo o sabiendo sin dialogarlo. Armas y libros están juntos allí, en una revista que es marxista en la teoría reflejada en sus páginas pero que, como veremos, no expresa la problemática de la estrategia armada para alcanzar la revolución y, sin embargo, esa estrategia es el telón de fondo de su existencia.

Como ya indicamos, sólo apareció un número de esta revista y ello obedeció a que el proyecto expresado en ese número contradecía las intenciones de sus dos directores, armas y libros no se conectaban allí, como tampoco lo harían en los años sucesivos los destinos político-intelectuales de Camarda y Piglia. Aún así la revista se publicó y lo hizo bajo las premisas político-culturales que Piglia había planeado, y que a lo largo de este trabajo iremos reconstruyendo mediante el análisis de lo que ha quedado impreso en la revista. Según nos relata el autor de **Respiración Artificial**, la disconformidad con el resultado de la publicación nunca le fue indicada por Camarda, reconfirmando la opacidad que presentaba la relación entre ambos, sino que él se enteró de los ecos negativos a través de su amigo Alberto Szpunberg, quien le mostró su enojo por el escaso o nulo contenido revolucionario que aparecía en sus páginas. Sumado a

²¹ L y S, *op. cit.*, p. 8.

²² L y S, *op. cit.*, p.11.

esta desavenencia, la llegada del golpe militar de 1966, unos meses después de la salida del primer y único número, clausuraba toda posibilidad de supervivencia para la revista.

Una nota editorial sintomática

De esta historia ha quedado como registro material **Literatura y Sociedad. Revista Trimestral** n°1, octubre-diciembre de 1965, una publicación en formato libro de 139 páginas. De tapas rústicas, con un diseño en colores blanco, negro y rojo, con una fuerte influencia en el diseño geométrico de las vanguardias estéticas de la década del cincuenta, que contiene el sumario en su tapa, cuyo puntapié inicial es una nota editorial de presentación firmada por Ricardo Piglia y titulada con el mismo nombre que la revista. Además, el sumario contiene las siguientes temáticas: la relación entre literatura e ideología, una encuesta sobre la crítica literaria en la Argentina. Se publican textos de poesía, narrativa, crítica cinematográfica y sobre televisión y teatro, crítica bibliográfica. Escriben José Szabón, Oscar Masotta, Juan José Sebreli, Noé Jitrik, Alberto Szpunberg, Ángel Rama, Néstor García Canclini, Francisco Herrera, Miguel Briante, Roberto Broullon, Rodolfo Borello, a los que se suman textos de Galvano della Volpe, Jean-Paul Sartre, George Lukács, Lucien Goldmann, Italo Calvino, Cesare Pavese, Ernest Hemingway y Henri Lefebvre. Además, la redacción de la revista contó con la presencia de Osvaldo Cedrón (Secretaría Técnica) y Norma Bertol (Secretaría de Redacción).

A fin de definir con precisión el proyecto que estructuró la revista y la relevancia histórica que podemos asignarle, comencemos con un breve análisis de la nota editorial. Allí Piglia comienza con los siguientes párrafos que marcarán el tono de la publicación:

En Argentina, en 1965, los intelectuales de izquierda somos inofensivos. Dispersos, enfrentados cada tanto en disputas teóricas, dulcemente encariñados con nuestras "capillas", ejercemos una cuidadosa inoperancia. Demostramos, sí, una admirable buena voluntad: firmamos manifiestos, viajamos a los países socialistas, nuestros libros son valientes.

Padecemos la justificada indiferencia de la única clase a la que confiamos nuestra liberación. Están allí, ajenos como los bosques. Sabemos de sus luchas, a veces nos sorprende el vértigo de una manifestación: el estallido de los gases, tiros, el estruendo de los caballos y de los golpes. E inútil que intentemos correr y mezclarnos: nos sentimos extraños, nuestros gritos suenan falsos, huecos. Podemos llegar a compartir sus pasiones, de todos modos nos ignoran, sus rostros torvos,

agrios, permanecen mudos. A ratos sentimos la tentación de sacudirlos, saludarlos sonriendo, avisarles de nuestra existencia.

Unidos al mundo burgués por nuestras costumbres y a la clase obrera por nuestra ideología, no pertenecemos verdaderamente ni a uno ni a otra. Nadie pueda afirmar que nuestra situación es cómoda: suspendidos en el vacío, la Historia, indiferente y obstinada, parece continuar sin nosotros.

A menudo, elegimos recriminar la realidad: nos zambullimos en lo inmediato, practicamos el escepticismo y la “lucidez”. Generalmente, concluimos aferrados a la psicología: interpretamos la política con los mismos sentimientos que usamos en nuestras relaciones personales: hemos sido “defraudados”, “traicionados”, “desilusionados”. Para tranquilizarnos nos queda el camino de la vida interior: cambiarnos a nosotros mismos, dejar el mundo como está.

En frente, la burguesía es un muro opaco: ellos habitan un país que les pertenece. Así lo han decidido, otros, hace años; ya no se molestan en discutirlo: han olvidado las razones, explotan los beneficios. Con nosotros mantienen las reglas del juego: nos toleran, a veces premian nuestros libros. “Así demuestran –señala André Gorz– que saben apreciar la personalidad, que la impugnación no los afecta. Sólo temen lo eficaz” (L y S, op. cit., p. 1).

Con una impronta fuertemente sartreana, auscultaba la situación del intelectual argentino en el drama del país. Cercano a esa literatura de auto culpabilización, como alguna vez lo remarcó Carlos Altamirano para referirse a los modos en que los intelectuales de la nueva izquierda vivenciaron su posición en la sociedad²³, la editorial lejos se encontraba de la interpelación revolucionaria de estilo guevarista, que un lector presto a tomar el camino de la revolución podía esperar. En su lugar, Piglia remarcaba la necesaria labor del intelectual para la liberación social, en aquella área de la vida cultural que le es propia. Y así decía: “El final de este artículo y los futuros números de Literatura y Sociedad, quieren ser un aporte para la discusión de estas cuestiones en el nivel específico de la lucha cultural”²⁴. Para él, la construcción de una estrategia de vanguardia revolucionaria necesariamente implicaba conservar los niveles de especificidad de sus diferentes actores. Era de preveer que semejante definición no fuera bien vista por una estrategia revolucionaria foquista, tal como la pensaba Camarda. Seguramente Piglia, registrando “inconscientemente” las líneas que se trazan sobre el suelo de la revista, utiliza una sola vez, en toda la nota editorial, la palabra “armas”. En algún lugar ese significante debía aparecer, y lo hace del modo más confuso y a la vez sintomático. Luego de dar cuenta en la página 1 el papel que juega la Burguesía en la sociedad argentina, dice:

²³ Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, en **Peronismo y Cultura de Izquierda**, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

²⁴ L y S, op. cit., p. 6.

“Sospechan (los burgueses) que lo definitivo de la lucha se libra en otro campo, menos apacible. “El mundo no corre ningún peligro –decía Marx- si no se arremete contra él con otras armas que no sean los libros”.

La primera oración indica, sin mayores misterios, que la lucha contra la burguesía no puede establecerse desde el “apacible” mundo de la cultura. Sin embargo, en la segunda oración todo se vuelve confuso. ¿Qué decía Marx? ¿El mundo no corre peligro con o sin los libros? La doble negación que contiene la frase, la vuelve opaca y traduce allí sin saberlo la relación poco nítida entre Camarda y Piglia, entre los libros y las armas. Tal vez quiso decir que es necesario realizar también la revolución a través de los libros y no sólo por medio de las armas. Es decir, a través de la labor específica de los intelectuales: producir y difundir ideas.

Todo se ilumina, o se ensombrece si se quiere, más aún cuando descubrimos que la cita es falsa. Allí no existe referencia precisa sobre el texto en el cual se encuentra y consultados varios especialistas en la obra de Marx, niegan que la frase haya sido escrita por el autor de *El Capital*. Podríamos suponer que la frase apócrifa puede ser el resultado de un eco en la reflexiones de Piglia sobre aquel famoso párrafo de *La Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, en la cual Marx dice: “Cierto, el arma de la crítica no puede sustituir la crítica por las armas; la violencia material no puede ser derrocada sino con violencia material. Pero también la teoría se convierte en violencia material una vez que prende en las masas”. Suponiendo que estemos en el camino correcto para la interpretación de esta falsa cita de Marx, debemos notar que Piglia en la retraducción de la idea quita toda referencia a la violencia material o por lo menos la referencia a ella se vuelve confusa. Y es aquí donde encontramos el *punctum* de esta cuestión, que no solo atañe a los contenidos y a la impronta política de la revista, sino que también da cuenta de un problema central del campo intelectual de la nueva izquierda de los años sesentas. Y es aquel que pone al intelectual entre la opción por las armas o la opción por los libros, como ya indicamos.

En la reyerta por esas opciones dilemáticas, **Literatura y Sociedad** vio concluida su existencia. Las palabras “revolución” y “armas” apenas si aparecen mencionadas en el editorial de Piglia. En su lugar, el autor de **Respiración Artificial** habla de los libros como armas y de la lucha cultural como instancia necesaria para la revolución, dos desplazamientos de sentido significativos que le valdrían el enojo

disimulado de Camarada y el fin de su primera dirección en una revista. En el final de la nota editorial no deja dudas sobre su posicionamiento y sobre la forma en que proyecta la publicación:

“Es luchando por una nueva cultura y no violentando los contenidos o alienando a la literatura en la inmediatez de la política como podemos responder a la realidad de nuestro tiempo.

Y en esa lucha por una conciencia activa de lo real, será precisamente nuestra literatura la que nos enriquecerá. No desde afuera, como el fantasma de la preceptiva, sino con la aparición de un nuevo mundo moral, de una nueva relación entre los hombre” (L y S, *op. cit.*, p. 11).

Una revista marxista de crítica literaria

El fracaso del proyecto de la revista no debe opacar la importancia que tuvo la publicación para la época. En ella participaron figuras centrales del mundo intelectual porteño como Juan José Sebreli, que ya contaba con varios *best-sellers* en las librerías²⁵, Oscar Massota que se convertía al calor del Instituto Di Tella y de otros proyectos en el gran agitador cultural de la época y Ángel Rama que comenzaba a convertirse en el principal crítico literario en medio de *boom* de la literatura latinoamericana. Pero también la revista abrió sus páginas a jóvenes que a la postre ocuparían lugares importantes del campo intelectual, como José Sazbón o Néstor García Canclini o el mismo Ricardo Piglia. También cabe resaltar las temáticas y los autores que la revista reprodujo que van desde Lukács, Sartre, della Volpe, Pavese y Lefebvre, entre otros, en relación a los problemas de la ideología y la literatura, cuestión que trataremos a continuación. Autores y temáticas que se iban despidiendo de su centralidad en el mundo intelectual argentino, un mundo que ya comenzaba a dar paso al desembarco del marxismo anticolonialista de Sartre y la canonización de los textos de Franz Fanon. Ese mismo mundo que luego vería la llegada de las teorías estructuralistas, por vía de la traducción que Eliseo Verón realiza en 1963 para EUDEBA de **Antropología Estructural**. Y junto a esta teoría se abría la puerta para la difusión de la nueva crítica

²⁵ En 1964 aparecía la primera edición de **Buenos Aires, Vida Cotidiana y Alienación**, a través de la editorial Siglo Veinte, que se convertiría, junto con **Los que mandan** de José Luis de Imaz, en un increíble éxito editorial de mediados de la década de sesenta y que en sólo un año contaría con 6 reediciones y 30.000 ejemplares vendidos.

literaria francesa, que recién se produciría en 1967, vía la reproducción de artículos de **Tel Quel** por la editorial Tiempo Contemporáneo y con la publicación de **El grado cero de la escritura** de Roland Barthes por la editorial Jorge Álvarez para ese mismo año.

Volvamos al análisis de lo dicho en la revista. A la confusión que puede presentar la nota editorial respecto al horizonte político en que se inscribe la publicación, la continuidad de los artículos que prosiguen a esa nota, no dejan dudas en cuanto al proyecto y a las estrategias intelectuales que reinaron en la publicación. Con la apertura de la primera sección de la publicación, titulada “Crítica literaria e Ideología”, **Literatura y Sociedad** abandona cualquier referencia a una discusión política de coyuntura nacional y se convierte definitivamente en lo que fue, una revista marxista de crítica literaria. Ya en la nota editorial, en la cual Piglia parece discutir todo el tiempo con intromisión de intenciones políticas poco amigas de la labor intelectual, definía esta posición:

“Falsa conciencia, fractura intelectuales-realidad, cultura nacional, carencia de una vanguardia revolucionaria: si algo define a una generación —más allá de la exterioridades biológicas— es una problemática común, históricamente situada. Para nosotros (generación definida por el peronismo) se trata de inscribirnos en lo real, superar la falsa conciencia.

Publicar una revista literaria supone asumir una responsabilidad: resolver esta problemática también en la literatura. No sólo en el sentido del último Sartre: ir de la literatura entendida como algo sagrado a la acción sin dejar de ser un intelectual. Sino entendiendo a la literatura como un elemento más en el proceso de desmitificación y toma de conciencia. Como una de las más sintéticas y elaboradas formas de la conciencia nacional. Un modo de significar (y no de reflejar) de iluminar la realidad a través de una praxis específica, que tiene estructuras propias, que no tolera intervención exterior”²⁶.

Y así se hizo, bajo el comando de seis artículos sobre marxismo y crítica literaria. El primero de ellos, escrito por José Sazbón, amigo personal de Piglia y compañero de la Universidad Nacional de La Plata, explicaba minuciosamente, hasta casi llegar a un nivel molecular, el método de Sartre para llevar adelante el análisis dialéctico de una obra literaria con la *situación* en la cual se inscribe, como es el caso del **Saint Gënet, Comédient et Martyr**. Le prosigue a este artículo uno de Galvano

²⁶ **Ly S**, *op. cit.*, p. 9.

della Volpe, titulado “Crítica de la Crítica”, en el cual el marxista italiano resume su método para abordar la literatura a partir de la *paráfrasis dialéctica*, mostrando su productividad y echando por tierra cualquier otro tipo de método, como el positivista, el idealista o el neo estilista. A continuación aparece “La estructura significativa” de Lucien Goldmann, en donde el discípulo de Lukács desarrolla brevemente su teoría de genética estructural, a lo Jean Piaget, para sostener la posición respecto al estudio de la estructura interna de la obra literaria como primer y fundamental paso dentro de la crítica literaria marxista. Continúa luego un breve artículo de Georg Lukács, “El marxismo y la crítica literaria”, que rompe la serie anterior, dado que se trata de los últimos escritos del filósofo húngaro, en donde retoma los principios del marxismo ortodoxo y vuelve a hundir la literatura en la teoría del reflejo. Cierran dos artículos de marxistas italianos, Carlo Salinari y Adriano Seroni. Ambos dan cuenta de los elementos existentes en los escritos de Antonio Gramsci para pensar una crítica literaria que reponga el carácter relativamente autónomo de la obra artística, relegando y criticando cualquier tipo de análisis que recaiga en la teoría del reflejo, en la mecánica que todo lo reduce a las determinaciones socio-económicas.

¿Qué nos dice esta selección de artículos respecto al proyecto intelectual de **Literatura y Sociedad**? Sin duda reconfirma algo que ya sabemos: la primacía del marxismo como faro teórico-político, como lenguaje común dentro de la nueva izquierda. Los autores presentes allí no eran una novedad para el lector argentino. Las obras de Sartre ya recorrían las librerías desde fines de la década del 40 y su presencia en suplementos culturales y revistas literarias no había cesado desde la aparición en **Sur** en la misma década del 40, y luego para los 50 en **Centro, Las Ciento y Una, Contorno, Existencia, El Grillo de Papel, Nueva Expresión, Plática, Hoy en la Cultura, El Escarabajo de Oro**, etc. Menos renombre, claro está, tenía Lukács aunque ya habían circulado entre los lectores argentinos primero con **Nueva Historia de la literatura alemana**, La Pleyade, 1953. Y luego con **La crisis de la filosofía burguesa**, también de Siglo Veinte en 1958; **Pekín-Moscú**, una compilación de autores varios, editada por Jorge Álvarez, 1964; y finalmente con **Ensayos sobre el realismo**, de Siglo Veinte, publicada en 1965, mismo año en que aparecía esta revista. Galvano della Volpe tenía sus seguidores en las filas del Partido Comunista Argentino, vía la influencia del marxismo italiano divulgado por Héctor P. Agosti. De hecho la editorial comunista Proteo había editado en 1963 **Marx y Rousseau y otros ensayos de crítica materialista**. Su influencia traspasaría los muros del PCA, por medio de la edición de

algunos artículos en compilaciones de la editorial Jorge Álvarez en 1964, bajo el título **Crítica de la estética romántica**. Y, por supuesto, a través de la revista **Pasado y Presente** que abrió su n°1 en 1963 con un *dossier* sobre marxismo italiano, en el cual no faltaría della Volpe. Salinari y Seroni podrían ser menos conocidos para el lector local que no estaba al tanto de las figuras secundarias del marxismo italiano, pero rápidamente lo podían decodificar su procedencia teórica inscribiéndolos en la cantera gramsciana, difundida por Agosti y la editorial Lautaro desde la década del 50. Lucien Goldmann era menos conocido. Si bien se había editado en Buenos Aires **Las Ciencias Humanas y la Filosofía**, editado por la exquisita y vanguardista Galatea-Nueva Visión, en 1958, su nombre tardaría en aparecer en ediciones en español y en revistas marxistas argentinas y latinoamericanas. Recién para finales de los sesentas su presencia se acrecienta con varios libros publicados por editoriales argentinas como Siglo Veinte, Paidós, Nueva Visión, etc.

Además de este conocimiento público que existía sobre los autores, otra razón de peso justifica su inclusión en la revista. Ella tiene que ver con la relación que Ricardo Piglia mantuvo, a partir de la **Revista de la Liberación**, con el grupo MIRA, escisión del Grupo Praxis de Silvio Frondizi, en donde la tradición marxista en la cual abrevaban tenía como piezas centrales a Lukács, Goldmann, Gramsci y sobre todo Henri Lefebvre, del cual se publicará un artículo en este número de **Literatura y Sociedad**, titulado “Chaplin, Brecht y la vida cotidiana”. Para ser todavía más justos con la historia, el peso de estos autores es, sin duda, obra en particular del marxismo de Milcíades Peña y la influencia que tuvo sobre la generación de Ricardo Piglia, y en las siguientes generaciones de marxistas críticos de nuestro país, logrando poner en cuestión las lecturas hiper deterministas y economicistas del marxismo sobre la relación base/superestructura²⁷. Y esta última cuestión se convertirá en una de las claves más importantes para comprender el por qué de la inclusión de este seleccionado marxista en la conformación de la crítica literaria marxista que **Literatura y Sociedad** propone.

Si, como dijimos anteriormente, **Literatura y Sociedad** se inscribe en ese proyecto macro de la nueva izquierda, que consiste en discutir y construir nuevas legitimidades político-culturales, la selección marxista antes descripta apunta hacia esa dirección. No por la novedad de los autores, como ya consideramos, sino por otras dos

²⁷ Al respecto, Horacio Tarcus, “Estudio Introdutorio”, en **Milcíades Peña. Introducción al pensamiento de Marx (notas inéditas de un curso de 1958)**, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2000, pp. 13-29.

razones presentes que podemos encontrar en sus páginas. Rastros, podríamos decir, que hacen ya a la operación intelectual de Piglia y *cía.* La primera tiene que ver con el origen y la traducción de los artículos mencionados. No aparece la fuente de la cual fueron extraídos y cada uno de ellos lleva al final la firma de su traductor, que en la mayoría de los casos corresponden al staff de la revista: Sazbón traducirá a della Volpe, Piglia a Goldman y Camarda a los italianos Salinari y Seroni. El artículo de Lukács es traducido por Manuel Comesaña, filósofo platense, presumiblemente amigo de Sazbón o de Piglia. Así, estos novísimos intelectuales argentinos pretenden dar cuenta de su capital cultural, darse corte, mostrar que leen de primera mano. Aunque son unos recién llegados, cuentan con un aparato de traducción propio, una máquina cultural que no necesita antecesores locales para leer y difundir un marxismo refinado, alejado de los resúmenes doctrinarios que el PCA, sobre todo, difundía desde la década del treinta, salvo raras excepciones. Que faltase la fuente puede indicar que la tracción no fuera de ellos o que no hubiese forma de corroborar la calidad de lo traducido, cotejando el original. Pero ello no importa tanto, lo que aquí debe resaltarse es el gesto de autosuficiencia.

La segunda razón que liga a esta selección de crítica literaria marxista con la estrategia de posicionamiento en el campo intelectual, tiene que ver con una cuestión teórica y profesional. En su mayoría, los artículos metodológicos restituyen el problema de la creación literaria como elemento relativamente autónomo, al cual no se puede subsumir bajo el análisis de la base económica. **Literatura y Sociedad** construye su posición rescatando *lo literario* como objeto de análisis primordial desde la teoría marxista, borrando de un plumazo las discusiones sobre el realismo socialista pero también las figuraciones románticas del escritor como genio creador. La autonomía de *lo literario*, que aparece allí, implica la posibilidad no sólo de análisis objetivos, sino también de la autonomía y de la posibilidad de establecer una posición para el crítico, un crítico literario de nuevo tipo, un crítico profesional y marxista.

Y la sección que sigue en la revista es aclaratoria de esta cuestión. Titulada “Crítica literaria en la Argentina”, aparece allí un reportaje realizado a Oscar Masotta, Juan José Sebreli y Noé Jitrik por una revista de crítica literaria académica de Rosario, dirigida por Adolfo Prieto, llamada **Boletín de Literaturas Hispánicas** del Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de la UNL, publicada en el año 1963. Allí, los tres contornistas (aunque deberíamos hablar de cuatro, si sumamos a Adolfo Prieto) son tajantes, fieles a su estilo, dado que para ello no existe

crítica literaria en la Argentina. Oscar Masotta, luego de la declaración de rigor respecto a su plebeya formación intelectual, dice:

“Pienso entonces que en cuanto no existe crítica literaria propiamente dicha en nuestro país, la influencia del crítico sobre el autor es nula. En cuanto a la crítica cotidiana ella alienta al autor, pero está incapacitada de ofrecer un cuadro lúcido de la significación de su obra. Las revistas especializadas nunca han dejado de publicar, es cierto, ensayos críticos, pero la única labor en este sentido que pueda ser calificada de *positiva*, es la labor *negativa* del grupo **Contorno** (la cursiva es del autor)”²⁸

Juan José Sebreli va más lejos, y escandaloso a su estilo, agrega:

“No existe la profesión de crítico ni de escritor en nuestro país. La libertad de análisis y de crítica no pueden desarrollarse en ningún órgano integrado en el sistema capitalista de producción, ni en los grandes diarios como **La Nación**, **La Prensa**, ni en la radio ni en la televisión. La misión del crítico profesional, del burócrata de las letras —de “los perros guardianes”, como los califica Paul Nizan— consiste dentro de una sociedad de clases en la protección y el sostén del Estado político y del sistema económico y social, educando al lector en el respeto y la sumisión a los valores establecidos”²⁹

Noé Jitrik, por su parte, y en un tono más medido anota su parecer al respecto de la crítica literaria en nuestro país:

“Debo reconocer que yo he actuado en casi todos los campos posibles y que he sentido, como supongo que muchos otros, la carencia de una crítica que contara con ciertas leyes bien claras que indicaran con precisión las características de la actividad crítica, sus objetivos, su situación y sus limitaciones”³⁰

Cada uno de los tres autores repasa luego a sus autores predilectos en los menesteres de la crítica literaria. No faltan a la cita Sartre, Blanchot, Lukács, Lefebvre, de Beauvoir, etc. Tampoco falta al convite de la entrevista un tema central dentro de la cuestión del campo literario. Los tres contornistas agregan que no existe la crítica profesional en nuestro país porque no existe remuneración que le permita al crítico vivir

²⁸ **L y S**, *op. cit.*, p. 48.

²⁹ **L y S**, *op. cit.*, p. 48.

³⁰ **L y S**, *op. cit.*, p. 50.

de ello. Una cuestión no menor para los límites intelectuales que encontró la generación de **Contorno** y que para la generación siguiente, en la que se encuentra Piglia, se modificará sustantivamente. Los dichos de Masotta y compañía no pueden ser más exactos respecto al lugar que viene a ocupar **Literatura y Sociedad**. Además de servir como filiación intelectual, como marca de linaje, los contornistas funcionan como ejemplo claro de una crítica literaria que es marxista pero exagerada, comprendida a medias o a medias leída, y que para la nueva generación debe ser superada mediante una formación intelectual más férrea, profesional. Para Masotta y Sebrelí la crítica literaria marxista es posible sólo después de la revolución, antes de ella sirve como denuncia necesaria. Para Piglia y cía es un método que alimenta aquello que los moviliza a estar dentro del campo intelectual, aquello que hace a su *illusio*: intervenir en los debates y en las lecturas de lo que es legítimo, de lo que debe ser considerado literatura. Aquí lo fundamental es fundar un objeto de estudio, precisar un método tal como reclama Jitrik en el reportaje y tal como cumple el dossier de Marxismo y crítica literaria realizado por **Literatura y Sociedad**.

El cambio entre una generación y otra no es menor, ya que significa encontrar un lugar profesionalizado desde el cual hablar defendiendo una posición política marxista sin ser un outsider. Y de ello da cuenta el camino laboral de Piglia que desde 1963 trabajaba como editor y escritor para el mercado cultural que la nueva izquierda iba conformando. Mientras que Sebrelí debía trabajar para la tradición liberal en las oficinas de redacción de la revista **Sur**, no encontrando correspondencia entre su posición intelectual y su posición política, Piglia era colaborador de **El Escarabajo de Oro**, editor de Nueve 64, colaborador en la editorial de Jorge Álvarez, director luego de la Editorial Tiempo Contemporáneo, integrante y a la postre director de la revista **Los Libros**, todos emprendimientos comerciales que le aseguraban un ingreso y que se correspondían *vis a vis* con su posicionamiento político intelectual. Además de estas cuestiones, debemos notar que entre Piglia y Sebrelí existe otra distancia y es la formación académica del primero contra el autodidactismo del segundo. Todo suma para ver allí un proceso de profesionalización y de conformación de un mercado para los bienes culturales que la nueva izquierda va produciendo y difundiendo en los primeros años de la década del sesenta. No importan tanto aquí determinar si efectivamente existía o no una crítica profesionalizada previa a **Contorno** y a **Literatura y Sociedad**. Aquello que cuenta para el argumento que estamos defendiendo es que entre una y otra publicación se constituye un nuevo actor intelectual del peso

dentro de la cultura argentina, que habla de la literatura con el lenguaje del marxismo y que construye un mercado dinámico para la producción, la difusión y el consumo de nuevos bienes simbólicos, elemento necesarios para ir desplazando a la vieja guardia liberal del centro de la vida cultural argentina.

Como dijimos al comienzo, una revista en su dimensión material funciona como el reservorio arqueológico desde el cual reconstruir una serie de relaciones sociales del pasado. Y si de comprobar la existencia de un mercado dinámico para los bienes culturales de la nueva izquierda se trata, basta con acercarse a las últimas páginas de la revista para verlo allí, viviendo en los anuncios comerciales. En menos de diez páginas todo el universo de ese campo cultural, a través de anuncios del Premio de Casa de las Américas, El Prix Formentor, la Librería y editorial Nueve 64, como así también de la editorial y librería de Jorge Álvarez. Se le suman los anuncios de la editorial Nagelkop de Córdoba, cercana al grupo de Pasado y Presente, un anuncio de Nuevo Teatro en donde desfilaban las piezas del teatro de vanguardia, las publicidades de los libros de David Viñas, Juan Carlos Portantiero, Francisco Urondo. Y como es de rigor en las revistas culturales, el anuncio solidario entre las publicaciones amigas. Bajo el lema “lea y difunda” aparecen **Actitud, Barrilete, La Rosa Blindada, Tiempos Modernos, Zona de la Poesía Americana, Hoy en la cultura, Setecientos Monos**, etc. Allí está, en su gestación, todo ese arsenal de autores, libros, temáticas e ideologías que conforman hoy una parte importante del acervo de nuestro sentido común. Digo nuestro porque pienso que representa un legado para nosotros, las generaciones siguientes que formamos parte del campo cultural. Reflexionemos sobre ello o no, tenemos como matriz inconsciente para orientarnos en ese mundo muchas de directrices que revistas como **Literatura y Sociedad** han trazado. En su mayoría, no leemos a Marx, aunque no podemos desconocer que somos hijos primogénitos del marxismo que prendió en nuestro país por aquellos años, ese en particular y no otros.

En la contratapa de la revista aparece anunciado del sumario del n° 2, que como ya sabemos no llegó a salir. Sus tópicos y autores serían similares al primero, con un dossier sobre Realismo, la poesía de vanguardia, textos de Sartre, Miguel Briante, Samuel Beckett, Karl Marx (poesía inédita), Julio Cortázar, etc. Nada se proyectaba respecto a las estrategias revolucionarias o tal vez sí, en caso que consideremos a la renovación radical que la nueva izquierda intelectual estaba realizando en el plano cultural como un hecho revolucionario. Por lo menos debemos considerar que se trataba de un proyecto que implicaba construir para el campo de la nueva izquierda un universo

propio de autores, publicaciones, premios, editoriales, programas universitarios, librerías, bares, amistades, una jerga común, la jerga del marxismo que dividía al mundo entre aquello que olía a pequeño burgués y aquello que no. La izquierda argentina de los 20 y 30, subordinada al programa de la cultura liberal, no contó con este universo propio. Su relación con la constelación del grupo **Martín Fierro** y luego con el grupo **Sur** era más fluida, sobre todo porque dependían de su aparato cultural para existir.

Los intelectuales de la nueva izquierda: ¿éxito o fracaso?

¿Y qué más podríamos decir respecto a la trascendencia histórica de **Literatura y Sociedad**? Tal vez su legado más importante esté en el motivo de su desaparición, es decir, en el posicionamiento político que pretendió sostener la especificidad de la labor intelectual frente a la opción por la lucha armada. De este modo podríamos poner en cuestión las tesis canónicas sobre la disolución de la autonomía del intelectual que han funcionado desde hace muchos años como piedra de toque, para comprender la relación entre cultura y política en los años sesentas. Sin embargo, los propios defensores de estas tesis han dado cuenta de la existencia en el campo de la cultura de opciones intelectuales que pretendieron conservar la autonomía. Tal es el caso de las revistas **Cuestiones de Filosofía y Pasado y Presente**, citadas por Oscar Terán en **Nuestros Años Sesentas**, o la figura de Oscar Varvasky recuperada por Silvia Sigal en **Intelectuales y Poder**, para dar cuenta que no todo estuvo signado por la opción del fusil. Vista así, **Literatura y Sociedad** sería nada más que un nuevo caso dentro de esa lista.

Sin embargo creemos que en ella puede encontrarse algo más que eso, que el sólo hecho de ser uno de los tantos casos de preservación del espacio intelectual, en medio de un panorama que se volvía hostil a este tipo de posicionamientos políticos. Un sentido todavía más importante puede haberse entretejido en sus páginas y puede que sea éste: su trascendencia histórica no resulta de la resistencia a abandonar la autonomía intelectual, más bien deberíamos pensar que su legado está centrado en que esa resistencia se traducirá luego en el predominio dentro del campo cultural de aquellos que fueron sus defensores. Éstos ocuparán luego lugares centrales en el rearme de la vida intelectual durante la transición democrática y sostendrán para ello la misma tesis de la autonomía que sostenían ya en sus años sesentas. No se trata aquí de demonizar a estas

figuras, sino más bien de comenzar a comprender que tal vez debamos dejar de leer los sesentas en clave del “fracaso” y la “derrota” intelectual. Quizás los sesentas también pueden ser leídos como un tiempo y espacio donde comenzaron a sembrarse las semillas de un éxito, en términos de estrategias y trayectorias intelectuales. **Literatura y Sociedad** puede que sea un buen ejemplo de ello. Un buen ejemplo para ver cómo un grupo de jóvenes intelectuales construyó una serie de estrategias, a la postre exitosas, para redefinir el sistema de legitimidades dentro del campo cultural argentino, que desde los años sesentas a nuestros días sigue siendo hegemonizado a través de las legitimidades por ellos fundadas.

Y para que aquellas estrategias lograran sus objetivos, la defensa de la autonomía intelectual fue decisiva, dado que ella dotaba y dota de legitimidad a sus discursos, produciendo sin saberlo que aquello que es posible se vuelva probable. Que sus anhelos por modificar los sentidos dominantes de una cultura se realicen. Conscientemente o no, aquellos jóvenes supieron, o por lo menos sospecharon, y con los años corroboraron, que allí radicaba su poder, el poder de ejercer un predominio en la cultura argentina. Cuando la discusión por la autonomía se convierte en el debate central de la labor intelectual, allí no se está discutiendo ningún fundamento trascendental u ontológico, sino que bajo el ropaje filosófico o moral, se construyen posiciones de lucha para disputar los lugares centrales del campo. Poner a disposición todo el capital simbólico acumulado en el campo intelectual dentro del campo de la política, es una inversión arriesgada, algo que puede poner en jaque a la *illusio*, es decir, al *deseo* y a la capacidad de realizar aquello por lo que los participantes de un campo participan en el campo. Al menos, para el proyecto de Piglia, pero también para muchos otros proyectos intelectuales, esa *illusio* pasaba y sigue pasando por incidir en la conformación de legitimidades culturales.

Puesto así el tema se traduciría en la siguiente pregunta: ¿Cuál fue, entonces, el objetivo predominante dentro de la nueva izquierda intelectual durante los años sesenta? ¿Fue el auspicio de la revolución social solamente, o se trató también, y sobre todo, de un objetivo más acotado pero factible: la puesta en marcha, a través de diferentes medios (revistas, libros, cine, arte, universidad, etc.) y con múltiples actores, de estrategias contra-hegemónicas que redefinieran el campo de fuerzas de la cultura argentina? Existe algo que ya podemos constatar para responder a esta pregunta: si bien apoyaron de diversos modos la llegada de la revolución, ella no triunfó y su fracaso o derrota no supuso lo mismo para algunos de sus defensores. El fracaso en el campo

político no se tradujo necesariamente en fracaso dentro del campo cultural, sino todo lo contrario.

Sin duda, estas reflexiones tienen algunas carencias para encontrar su justificación. Por ejemplo, se podrá objetar que se toma un solo caso para sostener toda la argumentación y que ese caso desconoce la periodización ya conocida sobre la época donde se da cuenta que para 1965 todavía no se ha iniciado el proceso de radicalización política, proceso que comenzará a decantar entre 1966 y 1969. Y que es allí, en ese proceso que la autonomía intelectual se diluye. También se podrá acotar que en el pasaje de los años sesentas y setentas al proceso de la transición democrática de los años ochentas, operan grandes transformaciones políticas y teóricas en estos intelectuales. Pero la pregunta que estructura estas reflexiones, y es sólo eso, una pregunta a ser considerada, consiste en saber si hay una *illusio* que persiste en todos los momentos de la periodización conocida, aún cuando en apariencia parecen operar cambios radicales, y sobre todo si, al comando de esa *illusio* se encuentran los mismos actores intelectuales, conservando aún el poder de definir el sistema de legitimidades culturales, cuando no político-culturales. Resulta extraordinaria la capacidad de han tenido las estrategias intelectuales desarrolladas por parte de la nueva izquierda. A tal punto que emergieron en un momento de violenta resistencia política por parte de sectores dominantes de nuestro país. Atravesaron luego, en el exilio o en la resistencia político cultural interna, años oscuros en los que se redefinieron y marcaron el terreno para reestablecer su hegemonía cultural con la transición democrática. Época que tuvo nuevamente como resultado un fracaso en término de sus apuestas política, pero que otra vez más no se tradujo en derrota cultural. Los noventas los encontraron resistiendo y marcando el pulso intelectual de la oposición al neoliberalismo hasta llegar al 2003, año en el cual la llegada de un gobierno que incorpora discursos disponibles de las izquierdas logra por primera vez, de manera sostenida y no como “primavera”, hacer ingresar en el Estado, al menos parte del sentido común de ese imaginario político cultural construido desde los años sesentas³¹. Toda esta historia podría ser estudiada en términos de un éxito en las trayectorias y estrategias intelectuales que una parte de la

³¹ Sólo un dato aquí sirve de testimonio ejemplar. El año 2012 Ricardo Piglia da una serie de clases magistrales en un programa de la Televisión Pública, acompañado desde la platea por la presencia del director de la Biblioteca Nacional, Horacio González. Y entre esas clases se destaca una dedicada a la obra de Jorge Luis Borges, cerrando un círculo que había comenzado 50 años antes. Borges, el escritor por excelencia de la tradición liberal reconstruido por el canon de la crítica literaria de izquierda, demostrando en ese acto aquello que toda fuerza hegemónica debe realizar para ser considerada como tal: resignificar para su beneficio todo aquello que en principio se le opone.

nueva izquierda sostuvo por casi cinco décadas, y que si bien supo de fracasos y derrotas, no por ello dejó de obtener lo que siempre había buscado: la constitución de una hegemonía cultural.